

hacerle consentir en una entrevista con Pizarro; este le habló cortesmente y le instó para que volviese con él al campo castellano en Caxamalca, diciéndole que tal era la orden del Inca. Desde la captura de su soberano había permanecido Chalcuchima incierto del plan que había de seguir. La captura del Inca hecha de una manera tan repentina y misteriosa por una raza de seres que parecían caídos de las nubes y en el momento mismo de sus triunfos, le tenía completamente asombrado, y ni había concebido proyecto alguno para rescatar a Atahualpa, ni sabía a punto fijo si el que concibiese sería ó no aceptable al soberano. Determinó pues cumplir la orden que de su parte le daba Pizarro, porque de todos modos deseaba tener una entrevista con Atahualpa, y Pizarro consiguió su fin sin necesidad de apelar á medios violentos para ello. El jefe bárbaro cuando llegó á presencia del blanco pareció asombrado de su superior genio del mismo modo que el animal salvaje tiembla ante la mirada fija del cazador.

Llegó Chalcuchima escoltado de numerosa hueste conducido en sus andas en hombros de sus vasallos; y acompañando á los españoles á su vuelta por el país, recibió en todas partes de los habitantes homenajes que solo tributaban al favorito de un monarca. Sin embargo, toda su pompa se desvaneció al entrar á presencia del Inca á quien se acercó con los pies desnudos y llevando en las espaldas una ligera carga que tomó de un criado suyo. Al aproximarse levantó el anciano guerrero las manos al cielo y exclamó: «Si yo hubiera estado aquí no habría sucedido esto;» después arrodillándose, besó las manos y los pies á su soberano y los bañó con sus lágrimas. Atahualpa por su parte no manifestó la menor emoción ni dió otra señal del contento que debía causarle la presencia de su consejero favorito, mas que el darle la bienvenida. La frialdad del monarca contrastaba singularmente con la leal sensibilidad del vasallo (1).

La categoría del Inca le colocaba á una distancia enorme hasta del mas elevado y orgulloso de sus vasallos; y los españoles tuvieron repetidas ocasiones de admirar el ascendiente que aun en su desgracia tenía sobre su pueblo y la veneración con que sus súbditos se le acercaban. Pedro Pizarro refiere una entrevista que presenció entre Atahualpa y uno de sus grandes, el cual había obtenido licencia para visitar un punto distante del país con la condición de que volviese para cierto día determinado. Detúvose un poco de tiempo mas, y al entrar á presencia de Atahualpa con un corto don propiciatorio, sus rodillas temblaban, tanto que, según dice el cronista, parecía que iba á caer en tierra. Sin embargo, su soberano le recibió con bondad y le despidió sin dirigirle la menor palabra de reprensión (2).

Atahualpa en su prisión continuaba tratado por los españoles con el mismo respeto que al principio. Enseñaronle el juego de los dados y el mas dificultoso aun del agridrez, en el cual el monarca cautivo llegó á adiestrarse y gustaba de entretener con él el tedio de la prisión. Respecto á sus vasallos, mantenía en todo lo posible su gravedad y ceremonia. Era servido por sus esposas y por las mujeres de su harem, las cuales, según costumbre, le servían á la mesa y desempeñaban los demas oficios domésticos cerca de su persona. En la antecámara tenía una guardia de indios nobles, que nunca entraban á su presencia sin ser llamados, y cuando lo eran se sometían á las mas humillantes ceremonias que se imponían hasta al mas poderoso. El servicio de su mesa era de oro y

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS. «Cosa semejante, esclama Estete, no se había visto desde el descubrimiento de las Indias.» Estete, ap. Barcia, tom. III, pág. 231.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.

plata, y su traje, del que cambiaba á menudo, se componía de lana de Vicuña tan fina que parecía seda. Algunas veces se ponía tambien una túnica de pieles de murciélagos tan blanda y lustrosa como terciopelo. Cenia su cabeza el *Llautu*, especie de turbante ó chal de lana de tejido muy delicado y doblado en pliegues de varios colores brillantes, continuaba tambien llevando rodeada á las sienes la borla imperial cuyos hilos encarnados entremezclados de hilos de oro descendían hasta taparle en parte los ojos. La imagen de la soberanía tenía todavía atractivo para él aun cuando en realidad había desaparecido. Ninguno podia usar vestido ni utensilio que hubiese pertenecido á un soberano del Perú. Cuando este lo desechaba eran depositados cuidadosamente en una caja destinada al efecto, y después quemados con ella. Hubiera sido un sacrilegio aplicar á usos vulgares lo que el contacto del Inca había hecho sagrado (3).

Poco después de la llegada de las tropas enviadas á Pachacamac á fines de mayo, volvieron los tres emisarios de Cuzco. Su misión había tenido muy buen resultado. Merced á las órdenes del Inca y al respetuoso temor que los blancos inspiraban en el país, habían sido bien recibidos en todas partes. Los naturales les habían llevado en las hamacas ó andas del país; y como habían ido hasta la capital por la gran calzada imperial en que estaban apostados de distancia en distancia indios de carga, hicieron el viaje de mas de seiscientos millas, no solo sin molestia, sino con lujosa comodidad. Atravesaron muchas ciudades populosas, y en todas encontraron á los sencillos indios dispuestos á venerarles como á seres de superior naturaleza. En el Cuzco fueron recibidos con regocijos públicos, se les alojó suntuosamente y los obsesivos habitantes se esmeraron en satisfacer todas sus necesidades y prevenir todos sus deseos.

Las noticias que trajeron de la capital confirmaron cuanto Pizarro había oído acerca de la riqueza y población de aquella ciudad. Aunque habían permanecido mas de una semana en ella, no la habían visto toda. Vieron sin embargo el gran templo del Sol que estaba absolutamente cubierto de planchas de oro. Penetraron en lo interior y vieron los cadáveres embalsamados de los reyes sentados cada uno en su silla chapeada de oro y cubiertos de vestiduras llenas de adornos. Los españoles tuvieron el buen gusto de respetarlos según les había aconsejado el Inca, pero exigieron que las planchas de oro que guarnecían las paredes se quitasen todas. Los peruanos obedecieron con repugnancia la orden de su soberano para despojar de sus riquezas el templo nacional que todos los habitantes de la ciudad miraban con particular orgullo y veneración. Con menos repugnancia consintieron en entregar á los conquistadores los adornos de algunos otros edificios, en los cuales el oro, teniendo mucha parte de liga, era de menos valor (4).

El número de planchas que quitaron del templo del Sol no bajó de setecientas, y aunque probablemente no eran de gran espesor, los autores las comparan en tamaño á la tapa de una arca de diez ó doce pulgadas de anchura (5). Rodeaba el edificio una cornisa de oro puro, pero tan fuertemente encajada en la piedra, que por fortuna resistió á todos los esfuerzos de los

(3) Esta relación de las costumbres personales de Atahualpa está tomada de Pedro Pizarro que le vió con frecuencia en su prisión, y por ser tan curiosa narración muy poco conocida, he extractado el original en el *Apéndice* número 9.

(4) Rel. d'un capitano spagn. ap. Ramusio, tomo III, folio 575.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. II, cap. XII—XIII.

(5) «Y de las chapas de oro que esta casa tenía quitaron setecientas planchas... á manera de tablas de cajas de tres y cuatro palmos de largo.» Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 232.

despojadores. Quejábanse estos de la falta de diligencia que mostraban los indios en la obra de destrucción, y decían que había otros puntos en la ciudad que contenían edificios abundantes en oro y plata y que no se los habían dejado ver. En realidad su misión, que en sí misma era de las mas desagradables, se hizo odiosa por la manera con que la ejecutaron. Los emisarios eran hombres de baja esfera; y envanecidos con los honores que les tributaban los indígenas, creían merecerlos y despreciaban á los pobres indios como á una raza incomparablemente inferior á la europea; y no solo mostraron la mas repugnante avaricia, sino que trataron á los mas elevados señores con grosera insolencia, en la cual se escudieron tanto, según se dice, que violaron el secreto de los conventos ultrajando los sentimientos religiosos de los peruanos con sus escandalosos amores con las vírgenes del sol. Tanto exasperó esta conducta á los habitantes del Cuzco, que les hubieran maltratado á no impedírselo su habitual reverencia al Inca, en cuyo nombre venían los españoles. Así recogieron todo el oro que fue necesario para satisfacer la codicia de sus indignos visitantes y librarse de ellos lo mas pronto posible (1). Grande error fue en Pizarro enviar á tales hombres: aun entre su gente había otras personas que como se vió después, tenían alguna idea del respeto que se debían á sí propias, ya que no respetasen á los indios.

Los mensajeros se llevaron consigo además de la plata, doscientas cargas de oro (2), importante aumento á lo que ya había presentado Atahualpa; y si bien el tesoro todavía distaba mucho de llegar á la cantidad señalada, el monarca vió con satisfacción que se acercaba el tiempo de completar su rescate.

Poco antes de estos sucesos ocurrió uno que cambió la situación de los españoles, y tuvo desfavorable influencia en la suerte del Inca. Fue esta la llegada de Almagro á Caxamalca con gran refuerzo de tropas. Almagro después de grandes esfuerzos había logrado armar tres bajeles y reunir ciento cincuenta hombres, con los cuales se había embarcado desde Panamá á últimos del año anterior. En su viaje se le había reunido una pequeña fuerza procedente de Nicaragua, de modo que su ejército se componía de ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos, bien provistos de municiones de guerra. Dirigía sus bajeles el antiguo piloto Ruiz, pero después de haber llegado á la bahía de San Mateo navegó lentamente á lo largo de la costa detenido por los vientos y corrientes y esperimentando todos los desagradables incidentes que trae consigo una larga navegación. No había podido saber noticia alguna de Pizarro, y tan desanimados estaban sus soldados, muchos de los cuales eran inespertos aventureros, que cuando llegaron á Puerto Viejo propusieron abandonar la expedición y volverse desde luego á Panamá. Por fortuna, un individuo del pequeño escuadrón que Almagro había enviado á Tumbes, trajo noticias de Pizarro y de la colonia que había fundado en San Miguel; y animado con estas nuevas el caballero español, prosiguió su viaje y logró por último, á fines de diciembre de 1532, llegar sano y salvo con toda su gente al establecimiento español.

Allí supo la marcha de Pizarro por las montañas, la captura del Inca, y poco después el enorme rescate ofrecido por su libertad, y tanto él como sus compa-

ñeros, manifestaron grande admiración y asombro cuando llegó á su conocimiento una mudanza tan rápida en la suerte de Pizarro que parecía poco menos que verificada por arte mágica. Al mismo tiempo le avisaron algunos de los colonos, que no se fiase de Pizarro ni se pusiera en sus manos, pues sabían que no le tenía buena voluntad.

Poco después de la llegada de Almagro á San Miguel, se recibió noticia de ella en Caxamalca, y una nota reservada de su secretario Perez, informando á Pizarro que su socio no había venido con propósito de auxiliarle en la empresa, sino con intención de establecer un gobierno independiente. Parece que ambos capitanes estaban rodeados de hombres de espíritu mezquino y turbulento que procuraban deservirlos creyendo sin duda encontrar su propio provecho en la enemistad recíproca de sus gefes. Sin embargo por entonces se frustraron sus maliciosas maquinaciones.

Gran satisfacción causó á Pizarro la llegada de tan considerable refuerzo, que le proporcionaba medios de aumentar su fortuna y seguir adelante en la conquista del país. Hizo poco caso de la comunicación del secretario Perez; pues cualquiera que fuese el primitivo designio de Almagro, sabía que la rica vena que había abierto en el país le aseguraría su cooperación para explotarla. Tuvo por tanto la magnanimidad, porque magnanimidad hay en desatender las sugerencias de una rivalidad mezquina por seguir los consejos de una sana política, de enviar un mensaje á su antiguo compañero invitándole con muchas protestas de amistad á que fuese á Caxamalca. Almagro, que era de carácter franco é indolente, recibió la comunicación con las mismas muestras de cordialidad con que estaba hecha. Y sin detenerse mas que el tiempo necesario para los precisos preparativos, dirigió su marcha á lo interior. Pero antes de salir de San Miguel habiendo sabido la doble conducta de su secretario, recompensó su traición ahorcándole en el mismo sitio (3).

Almagro llegó á Caxamalca á mediados de febrero de 1533. Los soldados de Pizarro salieron á recibir á sus compañeros, y los dos capitanes se abrazaron con muchas muestras de cordial satisfacción; diéronse al olvido todas las pasadas desavenencias, y tanto uno como otro se manifestaron dispuestos á auxiliarse mutuamente en la brillante carrera que la conquista de aquel imperio les ofrecía.

Una persona había en Caxamalca en quien la llegada de los españoles produjo muy diferente impresión; esta persona era Atahualpa, el cual no solamente vió en los recién llegados otra nube de langostas que iba á devorar su desgraciado país, sino que conoció que multiplicándose de tal modo el número de sus enemigos, se disminuían las probabilidades de recobrar su libertad ó de conservarla si llegaba á poderla recobrar. Una pequeña circunstancia, insignificante en sí misma, pero á la cual la superstición daba un aspecto formidable, vino en aquel tiempo á hacer mas triste su situación.

Algunos soldados vieron en el cielo una especie de meteoro ó cometa, y se lo enseñaron á Atahualpa. El monarca le estuvo mirando fijamente por espacio de algunos minutos, y después con aire de desconciado exclamó, que se había visto en los aires una señal semejante poco tiempo antes de la muerte de su padre Huayna Capac (4). Desde aquel día se apoderó de él una profunda tristeza presintiendo y temiendo

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, págs. 204 y 205.—Relación sumaria, MS.—Conq. y Pob. del Perú, MS.—Relación del primer descub. MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. III, cap. I.

(2) Rel. d'un capitano spagn. ap. Ramusio, t. III, fol. 577.—Cieza de Leon, Crónica, cap. LXV.

(1) Herrera, Hist. general, ubi supra.

(2) Así se expresa el secretario: «Y vinieron doscientas cargas de oro y veinte y cinco de plata.» (Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, ubi supra.) Estas cargas llevaban cuatro indios. «Cargas de paligueres que las traen quatro indios.» La significación de *paligueres*, que no es palabra española, es dudosa. Ternaux-Compans supone bastante ingeniosamente que debía significar algo semejante á *palanquin*, con la cual tiene mucha semejanza.

alguna próxima desgracia. Así es como en las ocasiones de peligro se aumentan considerablemente la percepción del alma y de los sentidos, y la menor diferencia en el curso regular de la naturaleza, diferencia que en tiempos ordinarios apenas hubiera sido notada, á los ojos de las personas supersticiosas aparece como nuncio fatal de alguna desgracia, cual si el fenómeno estuviese directa ó indirectamente relacionado con el destino particular del individuo.

CAPITULO VII.

Inmenso valor de las riquezas.—Su division entre las tropas.—Rumores de alzamiento.—Causa del Inca.—Su ejecucion.—Reflexiones.

1533.

La llegada de Almagro hizo variar considerablemente los cálculos de Pizarro, pues le ponía en situación de volver á emprender las operaciones activas y llevar adelante su conquista. El único obstáculo para sus proyectos era el rescate del Inca cuya llegada habian esperado los españoles con paciencia hasta que con la vuelta de los emisarios del Cuzco se aumentó grandemente el tesoro, si bien no habia llegado aun al límite estipulado. Pero ya su avaricia acabó con su paciencia y les hizo reclamar altamente la inmediata repartición del oro. Esperar mas hubiera sido esponerse á un ataque de los enemigos á quienes no dejaria de atraer tan buen cebo. Mientras no se contase el tesoro nadie sabia su valor ni la parte de él que le tocaba. Era mejor distribuirlo y que cada uno poseyese y defendiese lo suyo. Además algunos se hallaban dispuestos á volver á su tierra y á llevarse su parte de botín á punto donde pudieran tenerlo seguro; si bien estos eran pocos, pues la mayor parte solo deseaban salir de Caxamalca y marchar directamente al Cuzco, creyendo que en la capital encontrarían mas oro del que podrían adquirir prolongando su permanencia en aquel sitio; y juzgando que no habia tiempo que perder para evitar que los habitantes ocultasen sus tesoros segun ya se sabia que intentaban hacerlo.

Esta última consideración fue la que mas especialmente movió á Pizarro, conociendo que sin poseer la capital no podría enseñorearse del imperio. Así sin mas dilación determinó hacer la distribución del tesoro.

Sin embargo antes era necesario reducirlo á barras de igual tamaño; peso y calidad, porque el botín se componía de infinita variedad de artículos en los cuales el oro tenia diversos grados de pureza. Estos artículos eran copas, jarros, bandejas, vasos de todas formas y tamaños, ornamentos y utensilios de los templos y reales palacios, tablas y planchas para el adorno de los edificios públicos, y curiosas imitaciones de diferentes plantas y animales. Entre las plantas la mas preciosa imitación era la que figuraba el maíz con su dorado grano cubierto de anchas hojas de plata, de las cuales colgaba una rica boria de hilos del mismo metal precioso. También era muy de admirar una fuente con su brillante chorro de oro y pájaros y animales de la misma materia jugando en las aguas de su taza. La delicadeza del trabajo de algunos objetos y la belleza y naturalidad del dibujo cautivaron la admiración de jueces mejores que los ignorantes conquistadores del Perú (1).

(1) Relatione de Pedro Sancho, ap. Ramusio, Viaggi, tomo III, fol. 599.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 255.—Zárate, Conquista del Perú, lib. II, capítulo VII.

Oviedo vió en Santo Domingo los objetos que Hernando Pizarro llevaba á Castilla, y se estiende largamente en la pintura de varios vasos de oro fino muy bien trabajados y ricamente adornados, cuya cabida era de doce pulgadas de altura por treinta de circunferencia. Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XVI.

Antes de destruir estas muestras del arte indio se determinó enviar algunas, que luego habian de deducirse del quinto real, al emperador para que sirviesen como ejemplo del ingenio y habilidad de los indios y del mucho valor de la conquista. Eligióse las mejores, que valdrian unos cien mil ducados, y Hernando Pizarro fue nombrado para llevarlas á España, el cual llevaba también encargo de presentarse á Carlos, y al mismo tiempo que le entregase los tesoros le diese cuenta de los sucesos de los conquistadores y pidiera que se les diesen mas facultades y se les elevase á superior categoría. No habia en el ejército quien pudiese desempeñar mejor esta misión que Hernando Pizarro por su destreza y conocimiento de los negocios, y nadie tampoco podia abogar con mejor efecto por la causa de los conquistadores en la alta corte castellana. Pero otras razones influyeron en su elección en aquel caso.

Todavía hervía en su pecho la celosa furia que en otro tiempo alimentara contra Almagro; la llegada de este jefe al campamento le habia causado un disgusto que no trató de ocultar. Mirábase como si hubiera venido á participar del fruto de la victoria y á defraudar á su hermano de la gloria que legítimamente le correspondía. En vez de contestar al cordial saludo de Almagro en su primera entrevista, se habia mantenido en arrogante y profundo silencio. Mucho desagradó á su hermano Francisco esta conducta que podia renovar la antigua enemistad, y para evitar sus consecuencias hizo que Hernando le acompañase al campo de Almagro y le diese alguna disculpa de su descortesía (2). Mas á pesar de esta apariencia de reconciliación, el general quiso aprovechar la oportunidad de apartar á su hermano del teatro de las operaciones donde su espíritu turbulento perjudicaba por un lado á su causa mas de lo que por otro la servían sus eminentes prendas militares (3).

Confióse á los plateros indios el encargo de fundir el metal, con lo cual se les obligó á deshacer lo que con sus propias manos habian hecho. Trabajaron dia y noche, pero tanta era la cantidad que debían fundir, que gastaron en ello un mes entero. Cuando todo quedó reducido á barras de igual valor, se procedió á verificar el peso en presencia de los inspectores reales. La suma total del oro se halló que era un millon trescientos veinte y seis mil quinientos treinta y nueve pesos de oro, lo cual teniendo presente el mayor valor de la moneda en el siglo XVI, vendría á equivaler en el actual á cerca de tres millones y medio de libras esterlinas ó poco menos de quince millones y medio de duros (4). Calculóse la cantidad de plata en

(2) Herrera, Historia general, dec. V, lib. II, cap. III.

(3) Segun Oviedo se determinó que del rescate del Inca tuviese Hernando una parte mucho mayor de la que le correspondía, con la esperanza de que viéndose tan rico no quisiese volver mas al Perú. «Trabajaron de le embiar rico por quitarle de entre ellos, y porque yendo muy rico como fué no tubiese voluntad de tornar á aquellas partes.» Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XVI.

(4) Acta de repartición del rescate de Atahualpa, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia tomo III, pág. 252.

Para reducir las sumas mencionadas en esta obra, me he aprovechado, como lícite en la Historia de la conquista de Méjico, de los trabajos del señor Clemencin, antiguo secretario de la Real Academia de la Historia de Madrid. Este eminente literato, en el tomo sexto de las Memorias de la Academia, preparado enteramente por él, ha incluido un laborioso ensayo sobre el valor de la moneda en el reinado de Fernando é Isabel. Aunque este período (el final del siglo XV) es un poco anterior al de la conquista del Perú, los cálculos del señor Clemencin se acercan suficientemente á la verdad, pues todavía el valor de la moneda española no se habia modificado gran cosa por el influjo de los metales preciosos del Nuevo Mundo, influjo que despues fue tan grande.

Para averiguar el valor de la moneda en una edad remota, tenemos que considerar primero su valor específico, esto es,

cincuenta y un mil seiscientos diez marcos. La historia no ofrece ejemplo de semejante botín todo en metal precioso y reducible como era á dinero contante, ganado por una pequeña tropa de aventureros como eran los conquistadores del Perú. El gran objeto de las expediciones españolas en el Nuevo Mundo fue el oro; y es notable que tan completamente lo lograsen. Si hubieran seguido las huellas de los ingleses, franceses ó holandeses en el continente del Norte, cuán distinto hubiera sido el resultado! Es igualmente notable que la riqueza tan repentinamente adquirida, apartándoles de las fuentes menos copiosas pero mas seguras y permanentes de la prosperidad nacional, se les escapó al fin de las manos constituyéndoles en una de las naciones mas pobres de la cristiandad.

Suscitóse entonces una nueva dificultad en la repartición del tesoro. Los soldados de Almagro reclamaron su parte, y como eran tantos ó por mejor decir, eran mas que los que formaban el pequeño ejército de Pizarro, su participación disminuía considerablemente la suerte de cada uno. «Verdad es, decían, que no nos hemos hallado en la captura del Inca, pero en cambio os hemos ayudado á guardarle y á defender el tesoro, y en la actualidad os damos medios de proseguir y asegurar vuestras conquistas. Nuestra causa es comun y por tanto la ganancia debe serlo también.» Pero este modo de considerar el asunto no era muy del gusto de los soldados de Pizarro, los cuales alegaban que Atahualpa habia hecho el contrato exclusivamente con ellos; que ellos habian capturado al Inca, asegurando el rescate y corrido solos los riesgos de la empresa, y que no estaban dispuestos por lo mismo á dividir el fruto de ella con todos los que despues viniesen. No podia negarse que este razonamiento era fuerte, y al fin se convino entre los capitanes que los soldados de

el que se deriva del peso, pureza, etc., del metal, circunstancias que pueden fácilmente determinarse. En segundo lugar debemos averiguar el valor comercial ó comparativo del dinero, es decir, el valor que resulte de la comparación entre la suma de artículos que antiguamente podían comprarse con una cantidad dada y los que pueden comprarse en los actuales tiempos. Esta última investigación es muy embarazosa por la dificultad de encontrar un artículo que pueda tomarse como tipo verdadero del valor. El trigo, por su uso y cultivo general, ha sido comunmente elegido por los economistas como tipo, y Clemencin le ha adoptado en sus cálculos, procurando averiguar el valor de las principales monedas en circulación en el tiempo de los reyes católicos. No hace mención en su tratado del peso de oro, por cuya denominación, con preferencia á otra alguna se designaban las sumas á principios del siglo XVI; pero declara el valor específico y comercial del castellano, que, segun el testimonio comun de varios escritores antiguos, como Oviedo, Herrera y Xerez, equivalía precisamente al peso de oro. Segun sus cálculos parece que el valor específico del castellano, que él reduce á reales, es igual á tres dollars, siete centésimas de nuestra moneda (1), y el valor nominal mas de cuatro veces mayor, ó sean dos libras, doce chelines y seis peniques, moneda esterlina (2). Adoptando este valor como el mas aproximado al del peso de oro en la primera parte del siglo XVI, el lector podrá comparar fácilmente por sí mismo el valor que tenían en aquel tiempo las sumas mencionadas en estas páginas, muchas de las cuales están espresadas con aquella denominación.

Me he detenido mas en estas particularidades, porque en mi primera obra me limité á calcular el valor comercial de la moneda, el cual siendo mayor que el específico, fundado en la calidad y peso del metal, juzgó un ingenioso corresponsal, que daba al lector una idea exagerada de las sumas mencionadas en la historia. Pero me parece que este valor comparativo ó comercial es el único que importa saber al lector, pues le indica cuánto puede comprar con una suma dada, dando así á conocer el verdadero valor de ella, y adoptando por conversión el principio de la antigua máxima:

What is worth in any thing,
But so much money as will bring? (3)

- (1) Sesenta y un rs. catorce maravedis. (N. del Trad.)
(2) Doscientos cincuenta y cuatro rs. (N. del Trad.)
(3) No vale mas una cosa
Que el dinero que produce.

Almagro desistieran de sus pretensiones, recibiendo en cambio una pequeña suma que se estipuló, y que procurarían gaugearse por sí mismos su fortuna en la nueva carrera que tenían abierta.

Arreglado así amistosamente este delicado negocio, Pizarro preparó con toda solemnidad la distribución del botín. Reuniéronse las tropas en la gran plaza y el jefe español «con todo temor de Dios» dice el acta, invocó el auxilio del cielo para ejecutar aquel acto concienzuda y justamente (1). La invocación puede parecer un poco inoportuna siendo como era para distribuir unos despojos tan sin derecho adquiridos; sin embargo, es cierto que considerando la magestad del tesoro y la facultad que se abrogó Pizarro de repartirlo entre todos, segun los respectivos méritos de cada uno, pocos actos de su vida envolvían mas responsabilidad; pues de aquella decisión suya podia decirse que dependía la fortuna de cada uno de sus soldados, la pobreza ó la independencia durante el resto de sus dias.

Dedújose primero el quinto real incluyendo los presentes remitidos ya á España. La parte que tomó Pizarro ascendió á cincuenta y siete mil doscientos veinte y dos pesos de oro y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata. Tomó además la gran silla ó trono del Inca, toda de oro macizo y valuada en veinte y cinco mil pesos de oro. A su hermano Hernando dió treinta y un mil ochocientos pesos de oro y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata. Soto recibió quince mil setecientos cuarenta pesos de oro y setecientos veinte y cuatro marcos de plata. Muchos de los restantes caballeros que eran sesenta, recibieron cada uno ocho mil ochocientos pesos de oro y trescientos sesenta y dos marcos de plata, aunque algunos tuvieron mas y unos pocos recibieron mucho menos. La infantería se componía de ciento cinco hombres. Casi la quinta parte de ellos recibieron cada uno cuatro mil cuatrocientos cuarenta pesos de oro y ciento ochenta marcos de plata, la mitad de la parte que tocó á los soldados de caballería. Los restantes recibieron una cuarta parte menos, aunque aquí también hubo escepciones y algunos tuvieron que contentarse con una porción mucho menor del botín (2).

La nueva iglesia de San Francisco, primer templo cristiano del Perú, fue dotada con dos mil doscientos veinte pesos de oro. La suma asignada á los soldados de Almagro no fue excesiva si, como se cuenta, no pasó de veinte mil pesos (3); y la reservada para los colonos de San Miguel, que ascendía solamente á quince mil pesos fue pequeñísima (4). Habia entre ellos ciertos soldados, que al principio de la expedición, como recordará el lector, abandonaron la marcha y volvieron á San Miguel. Estos ciertamente tenían poco derecho á que se contase con ellos en la repartición del botín. Pero la mayor parte de los colo-

(1) «Segun Dios nuestro Señor le diere á entender teniéndose su conciencia, y para lo mejor hacer pedia el ayuda de Dios nuestro Señor, é invocó el auxilio divino.» Acta de repartición del rescate, MS.

(2) En el Acta de repartición del rescate, instrumento redactado y firmado por el escribano real, están los pormenores de la distribución. Este documento, que es por tanto autoridad incontestable, se halla entre los manuscritos que se me facilitaron de la colección de Muñoz.

(3) «Se diese á la gente que vino con el capitán Diego de Almagro, para ayuda á pagar sus deudas y fletes, y suplir algunas necesidades que traían veinte mil pesos.» (Acta de repartición del rescate, MS.) Herrera dice que se dieron cien mil pesos á la gente de Almagro. Hist. general, dec. V, lib. III.) Pero esto no consta en el Acta.

(4) «En treinta personas que quedaron en la ciudad de San Miguel de Piura dolientes y otros que no vinieron ni se hallaron en la prisión de Atahualpa y toma del oro, porque algunos son pobres y otros tienen necesidad, señalaba quince mil pesos de oro para los repartir su señoría entre las dichas personas.» Id., MS.